

La abuelita Cuca

Cristina Duarte Chávez

Hace 20 años que ya no está entre nosotros, pero aún permanece en nuestros recuerdos, en nuestras pláticas y anécdotas; citamos sus dichos con mucha frecuencia en nuestras conversaciones cotidianas.

La abuelita Cuca, que en realidad era mi bisabuela, abuela de mi padre, y mi madrina de bautizo, era una mujer que nació en el siglo XIX, en el año de 1886, en el rancho El Terrero. Fue la mayor de 11 hermanos y quizá por eso era autoritaria y mandona; pasó sus años de infancia en el rancho, más tarde conoció a un hombre llegado del extranjero que vino a trabajar en unas minas cercanas; se enamoró y se casó, siendo muy joven; tuvo dos hijas y muy pronto quedó viuda.

Era una mujer alta, de cabellos blancos recogidos en una trenza y luego en un molote sujetado por una peineta; tenía su piel arrugadita y sus ojos eran bizbirindos y brillantes; usaba gafas. Sus manos grandes mostraban claramente el paso de los años, contaba los meses con los nudillos de los dedos. Su paso era lento: recorría el largo pasillo apoyada en su andador después de tomar los alimentos; solía decir: “ando paseando la cena, 100 pasos después de cenar”. Solía usar blusas blancas y faldas negras y en invierno su chal o mañanita. Le gustaba que le regalaran cortes de tela para mandarse a hacer sus faldas o blusas; y le encantaban los jabones perfumados.

Todos los días tomaba su rosario de cuentas verdes y lo recorría con sus dedos, encomendando a Dios a sus nietos, bisnietos, hermanos, sobrinos y a todos los que quería, así como a aquellos que se le habían adelantado en el viaje.



Le gustaba tejer; todavía algunos de sus bisnietos alcanzaron cobijas tejidas por ella y sintieron el abrigo, el calor y el cariño que desprende lo hecho a mano por un ser querido. El tiempo, implacable, le impidió seguir tejiendo con habilidad, por lo que al final sólo tejía ruedas de hilaza, mientras comentaba: “aquí, abonando la sonsera”.

Le gustaba mucho conversar: recordaba anécdotas y fechas con gran precisión y cuando alguien no era de su agrado para platicar, decía: “hay viene Fulana o Mangana, y a mí que no me divierte”.

Era de buen diente, pues gustaba y disfrutaba de la comida. Siendo muy anciana comía sandía “con poquita sal para que no haga daño”; le gustaban los tamales y los chicharrones. Su clásica merienda, que tantas veces preparé para ella cuando yo era jovencita, consistía en pan integral tostado con mantequilla y miel, té de manzanilla y un vaso de leche Nido. Cuando se excedía un poco en las comidas, mi tía Emilia la reprendía diciéndole “vas a estar incómoda Cuca”.

Mi mamá y yo hicimos su pastel de 80 años, cubierto de betún rosa y pusimos una placa con el número; ella bromeaba diciendo: “que bueno que fueran 18”.

Cuando trazaron la carretera corta a Chihuahua, mi papá la llevó al Terrero, el rancho donde ella había nacido, y aún con las desviaciones que todavía tenía la carretera llegamos en un momento, siendo que antes hacíamos un día de camino. Tomamos fotos; ella se sentó en el polluelo y recordó muchas cosas: “este era el cuarto de costura y allá estaba el zarzo donde guardaban y conservaban los quesos, aquella era la casa de Severiano...” y muchos detalles más.

Cuando yo cumplí 15 años, en 1982, y ella contaba con 96, se empeñó en que la llevaran a misa a acompañarme y se puso de “chupa y daca la vieja” como ella decía para expresar que estaba guapa.

Cuando se fueron casando mis primas mayores decía: “fíjense con quién se casan porque el amor se acaba y el viejo queda”.



Fue una mujer excepcional, con la sabiduría que dan los años, con una filosofía de vida que fue haciendo propia; sabía y entendía de las fases de la luna y ningún año le faltaba el calendario Galván.

“Si tu mal tiene remedio para qué te preocupas; si tu mal no tiene remedio para qué te preocupas”; era una máxima que citaba con frecuencia.

La vida y Dios fueron generosos con ella: le regalaron casi un siglo de vida y a nosotros la fortuna de conocerla, tratarla, quererla y hoy recordarla. Nueve días antes de cumplir 100 años se durmió para siempre, con una gran paz y un semblante de ternura.

Exactamente 15 años después de su muerte, falleció la más chica de sus ocho nietos, que padecía de una terrible enfermedad. Yo creo que fue la abuelita Cuca quien, piadosamente, vino a recogerla.